

á Roma: fué arrojado en una caldera de aceite hirviendo, sin que el santo recibiese mal alguno. Jesucristo que le habia favorecido particularmente entre los Apóstoles, le concedió como á los demas, la gloria del martirio; mas no quiso dejar á los hombres el poder de acabar con una vida tan preciosa. De este modo se cumplió lo que nuestro Salvador habia predicho, que este apóstol beberia el caliz amargo de su pasion. Este milagro sucedió ante la puerta latina, segun la tradicion que se ha conservado en Roma: se vé todavia un monumento ilustre y muy antiguo, que es una Iglesia que los cristianos edificaron en este lugar bajo su nombre, para perpetuar la memoria de este hecho. San Juan despues de haberse libertado de la muerte, por un milagro evidente, fué desterrado por Domiciano á la isla de Patmos, que es una de las islas del mar Egéo. En este lugar fué donde escribió su Apocalipsis, lejos del comercio de los hombres: tuvo en su destierro unas revelaciones proféticas, que dirigió á las siete principales Iglesias de Asia, mas especialmente encomendadas á su cuidado. En este libro divino, despues de haber dado á estas Iglesias los avisos que convenian á cada una de ellas, ilustrado por el espíritu de Dios, predijo bajo de imágenes sublimes, la ruina de la idolatría y el triunfo de la Iglesia. Despues de la muerte del tirano, habiendo anulado el senado todo lo que habia hecho, San Juan volvió á Efeso, y pasó allí lo restante de su vida, gobernando desde este lugar todas las Iglesias de la Asia. Era entonces de edad de 90 años, y esta avanzada ancianidad no le impedía ir á las provincias cercanas, tanto para orde-

nar obispos como para formar y establecer nuevas Iglesias. Escribió su Evangelio á solicitud de los obispos de Asia, que le pedian diese por escrito un testimonio auténtico de la divinidad de Jesucristo que algunos hereges atacaban. Lo hizo así despues de un ayuno y de oraciones públicas. Sus epístolas fueron escritas poco despues de este mismo tiempo; ellas respiran por todas partes la caridad mas tierna, y allí se vé que su corazon estaba abrasado de aquel fuego divino que habia bebido en el seno del Señor, sobre el cual reposó en la última cena. La primera se dirigió á los partos, y las otras dos á personas particulares: no se dá en ellas el título de Apóstol sino el de anciano, que comunmente se le daba.

Adicion.—Como á la presencia de la luz desaparecen las nieblas, así á la presencia de la doctrina celestial que brilla en el Evangelio del apóstol amado, escrito á solicitud de los obispos de Asia, desaparecieron los errores que afligieron á la Iglesia; particularmente los que tendian á destruir la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo; aunque despues, como veremos, comenzaron nuevamente á suscitarse por el detestable orgullo. ¡Permision admirable de la providencia de Dios Nuestro Señor, para que la verdad en todos tiempos triunfando del error, aparezca en la Iglesia con toda su hermosura!

ULTIMAS ACCIONES DE SAN JUAN.



SE refiere de San Juan un hecho muy tierno, y que descubre bastante el ardor de su caridad. En uno de los viages, despues de haber echortado á

los fieles, en una ciudad de Asia, observó en el concurso, un jóven bien formado y de un espíritu vivo: le cobró aficion, y dirigiéndose al obispo, le dijo delante de todo el público: Tened cuidado de este jóven, yo os lo recomiendo en presencia de la Iglesia y de Jesucristo. Él se volvió despues á Efeso. El obispo instruyó al jóven, y lo dispuso á recibir el bautismo. Despues de haberle conferido este sacramento, el de la confirmacion y el de la Eucaristía, creyendo que lo podia abandonar á su propia conducta, dejó de velar sobre él, y le dió mas libertad. El jóven abusó y trabó amistad con unos libertinos de su edad, que lo instigaron á cometer con ellos toda clase de crímenes. El jóven recibió fácilmente estas funestas impresiones, y por el abuso que hizo de su espíritu, aventajó á sus compañeros en el desórden, y vino á ser gefe de salteadores. Algunos años despues, San Juan volvió á la misma ciudad, y pidió cuenta al obispo del depósito que le habia confiado. El obispo se sorprendió primero, creyendo que le pedia algun depósito de plata; mas el apóstol le dice: es el jóven que os confié, es el alma de nuestro hermano. Está muerto, respondió el obispo, bajando los ojos. ¿Como, replicó San Juan, y de qué muerte murió? Está muerto para Dios (respondió el obispo) y ha venido á parar en malvado y salteador: se ha apoderado de una montaña, y vive con una tropa de malvados como él. A esta nueva, el santo apóstol arrojó un grande grito; que se me dé, dijo, un caballo y una guia. Sale de la Iglesia y se dirige al lugar donde estaban los salteadores. Los centinelas lo detienen y lo conducen ácia su capitan, que

lo esperaba con las armas; mas el jóven habiendo reconocido á San Juan, se avergonzó y huyó. Entonces el santo apóstol, olvidando la flaqueza de su edad, corrió tras él, y le gritó: hijo mio, ¿por qué huyes de mí? ¿Por qué huyes de vuestro padre viejo, y sin armas? Hijo mio, ten piedad de mí, no temas, todavia hay esperanzas de vuestra salud: yo responderé por tí á Jesucristo: yo daré voluntariamente mi vida por vos, como Jesucristo ha dado la suya por nosotros: detente, creeme, Jesucristo me ha enviado ácia tí. A estas palabras el salteador se detuvo, dejó caer las armas y deshízose en llanto. El santo viejo le abrazó con ternura y le aseguró, prometiéndole de parte del Señor el perdon de sus pecados. Lo volvió á la Iglesia y oró por él, ayunó con él, lo entretuvo con discursos edificantes, y no lo dejó hasta que lo restableció en la participacion de los sacramentos. San Juan vivió hasta la edad de cien años, su vejez no era molesta: queria que se tuvieran recreaciones inocentes; y él mismo daba este ejemplo. Un dia que se divertia acariciando una perdiz domesticada, fué encontrado por un cazador, quien asombrado de ver á un hombre tan grande abatirse á tal diversion, ¿qué teneis en la mano? le dijo San Juan, es un arco, respondió el cazador; y ¿por qué no le teneis siempre tirante? porque perderia su fuerza, dijo el cazador; pues bien, replicó el santo apóstol, por la misma razon doy yo algun entretenimiento á mi espíritu.

Adicion.—Poco antes de la muerte de San Juan, se habia estinguído ya del todo la memoria de los saduceos, que negaban la resurreccion; pero se conservaban todavia algunos nazarenos que eran unos cristianos, judaizantes. Hacian una mezcla estraña de las dos religiones; mas en realidad ni eran judíos ni eran cristianos.

DIVISION EN LA IGLESIA DE CORINTHO.

DESPUES de San Pedro, gobernaron sucesivamente la Iglesia romana, San Lino, San Cleto y San Clemente, el mismo de quien se hace mencion en la carta á los filippenses. En su tiempo hubo una gran disension en la Iglesia de Corintho. Los legos, animados de un espíritu de disension, se levantaron contra los eclesiásticos é hicieron deponer injustamente á algunos. El papa Clemente les escribió con este objeto, una carta tan tierna como instructiva. Esta es despues de la santa Escritura, uno de los mas bellos monumentos de la antigüedad eclesiástica. Comienza de este modo: La Iglesia de Dios que está en Roma, á la de Corintho, á aquellos que son llamados y santificados por la voluntad de Dios y de Nuestro Señor Jesucristo, que la gracia y la paz de Dios se aumente por Jesucristo sobre cada uno de vosotros. Despues de haberles inspirado horror á la division que turbaba á la Iglesia de Corintho, les traza un escelente cuadro de la vida cristiana. ¿Quién no apreciaba, les dice, vuestra virtud, y la firmeza de vuestra fé? ¿Quién no admiraba el fervor de vuestra piedad? Vosotros caminábais segun la ley de Dios; vosotros estábais obedientes á vuestros pastores: honrábais á los ancianos, dábais á los jóvenes ejemplo de honestidad y modestia: vosotros advertíais á las mugeres que obrasen en todo con una conciencia pura y casta,

amando á sus esposos como deben: conteniéndose en la regla de la sumision, y aplicándose al arreglo de su casa, con una gran modestia: vosotros manifestábais en todos vuestros sentimientos una humildad sincera, mas pronto á obedecer que á mandar, á dar que á recibir: contentos con lo que Dios os concedia necesario para la peregrinacion de esta vida, y aplicados cuidadosamente á éscuchar su palabra, la guardábais en vuestro corazon: teníais siempre su ley delante de vosotros, y así gozábais siempre la paz mas profunda: teníais un deseo insaciable de hacer bien: llenos de buena voluntad, de celo y de una santa confianza, levantábais las manos al Todopoderoso, suplicándole que os perdonase los pecados de vuestra fragilidad: le dirigíais vuestras oraciones de dia y de noche, por todos los hermanos, para que el número de los escogidos de Dios fuese salvo por su misericordia y la pureza de su conciencia: érais sinceros é inocentes, sin malignidad ni resentimiento: toda sedicion, toda division os causaba horror: llorábais las faltas del prójimo como si hubieran sido vuestras: hacíais toda clase de bienes, y estábais prontos á toda obra buena: una conducta virtuosa y digna de respeto era vuestro ornamento. El santo papa o pone en seguida á este cuadro, el de los males que la discordia ha causado, la envidia, las desavenencias y contiendas reinan ahora entre vosotros. Refiere muchos ejemplos del Antiguo Testamento, para mostrar los malos efectos de la discordia: ecshorta á los corinthos á la penitencia, caridad y humildad, por el ejemplo de los santos y por la consideracion de los beneficios de Dios, y últimamente, por los vínculos sagrados

que unen á los cristianos. ¿Por qué hay entre vosotros quejas y divisiones? ¿No tenemos todos un mismo Dios, un mismo Jesucristo, un mismo espíritu de gracia derramado sobre nosotros, una misma vocacion en Jesucristo? ¿Por qué despedazamos sus miembros? ¿Por qué hacemos la guerra á nuestro propio cuerpo? ¿Somos tan insensatos para olvidar que somos miembros unos de otros? Vuestra division ha pervertido muchas personas: ella ha desanimado á otros: y á nosotros y á todos habeis sumergido en la afliccion. Quitemos pronto este escándalo, arrojémonos á los piés del Señor, supliquémosle que nos perdone y nos restablezca en la caridad fraternal. Esta carta produjo el efecto que el santo papa deseaba, y tuvo el consuelo de esterminar el cisma que despedazaba esta Iglesia.

Adicion.—Existen varios fragmentos considerables de otra carta, que algunos atribuyen al mismo San Clemente, y no es indigna de él; pero es de admirar que á vista de unas obras tan llenas de piedad, se le haya atribuido al santo el libro de las *Recogniciones*, ó *Itinerario de San Pedro*, con otros escritos visiblemente apócrifos. Han corrido con su nombre algunos Cánones apostólicos, que ni son de este padre, ni menos de los Apóstoles: contienen varios reglamentos de disciplina; pero se colocan entre los escritos apócrifos, por contener muchos defectos, y especialmente porque favorecen el error de los rebaptizantes.

(AÑO 106 DE JESUCRISTO.)

TERCERA PERSECUCION BAJO EL IMPERIO DE TRAJANO.



LA tercera persecucion comenzó siendo pontifice San Evaristo, que habia sucedido á San Clemente.

Fué á la verdad menos violenta que las dos primeras: duró mas largo tiempo, é hizo un gran número de mártires. El emperador Trajano, cuya sabiduría y clemencia alaba la historia, por una parte contribuyó á las crueldades, que por otra parte se ejercian contra los cristianos, y aunque no hizo publicar nuevos edictos contra ellos, quiso sin embargo que las leyes sangrientas ya publicadas por sus predecesores, se ejecutasen en diferentes provincias de su imperio. Nos ha quedado un monumento memorable de esta empresa en la respuesta de este príncipe á Plinio, gobernador de Bitinia. Plinio escribió á Trajano para consultarle sobre la conducta que debía observar con respecto á los cristianos: declara que no los halla culpables de algun crimen: todo su error consiste, dice, en que en un dia señalado, se reúnen antes de salir el sol, y cantan á dos coros, himnos en honor de Cristo, que ellos miran como Dios. Por lo demas, ellos se obligan con juramento, no á una maldad, sino á no cometer robo, ni adulterio, ni á faltar á su promesa, ni á negar un depósito: yo no he descubierto en su culto mas que una mala supersticion, llevada hasta el esceso; y por esta razon he suspendido toda deliberacion, hasta recibir vuestras órdenes: el asunto me ha parecido digno de vuestras reflexiones, por la multitud de los que están complicados en esta acusacion, pues en ella hay un gran número de toda edad, de todo sexo y de todo estado: este contagioso mal, no ha infestado solamente las ciudades, sino que ha ganado las aldeas y los campos. A mi llegada á Bitinia, los templos de nuestros dioses estaban abandonados, é interrumpidas las fies-

tas: apenas se encontraba algun dinero para comprar víctimas. Se ve por esta carta dirigida á un emperador pagano cuantos progresos habia hecho ya la religion en el primer siglo, y cuál era la pureza de costumbres de que los cristianos hacían profesion. Este testimonio, dado á su inocencia por un perseguidor, es muy glorioso á la religion. Trajano le responde: Que no es necesario perseguir á los cristianos; pero luego que ellos mismos siendo denunciados, se confesasen y declarasen como tales, se les debia castigar con la muerte. ¡Respuesta absurda y digna de admiracion en boca de un príncipe, por otra parte estimable! Si los cristianos son culpables, ¿para qué prohibir el que los busquen? Y si por el contrario, son inocentes, ¿para qué castigarlos luego que son acusados? ¡Cuán limitados son los conocimientos de los hombres, cuán imperfecta y defectuosa es su misma justicia, cuando no están esclarecidos con la luz de la fé! Este príncipe hizo en efecto morir muchos cristianos. Uno de los primeros que sufrieron entonces el martirio, fué San Simeon, obispo de Jerusalem, y de edad de ciento veinte años: fué denunciado como cristiano y como descendiente de la raza de David (pues era pariente cercano de Nuestro Señor Jesucristo) por estos dos títulos se le hicieron sufrir diversos tormentos, de que triunfó con una constancia admirable. Todos los espectadores estaban sorprendidos al ver tanto valor y tanta fuerza en una vejez tan avanzada. Se le condenó, en fin, á ser crucificado, y tuvo la gloria de dar su vida por Jesucristo, muriendo con el mismo suplicio que su divino Maestro.

Adicion.—Desde el año 101, uno que se decia discípulo de Carpócrates, llamado Pródico, se hizo cabeza de una nueva secta, llamada de los adamitas, porque pretendian guardar la vida de Adán y Eva en el estado de inocencia; pero al mismo tiempo que se entregaban á la lubricidad mas licenciosa, aborrecian el matrimonio, que segun ellos se introdujo por el pecado del primer hombre. Fué compañero suyo un hijo del mismo Carpócrates, llamado Epifanio. Este despues de su muerte, fué venerado como un Dios; y le erigieron templos en la isla de Cefalonía. Los gnósticos le ofrecian sacrificios y libaciones, porque el culto de éstos estaba mezclado con la idolatría y la magia.

TRAJANO HACE UN INTERROGATORIO,

x

Condena á muerte á San Ignacio.

EL emperador Trajano no solamente dejó que los magistrados obrasen contra los cristianos, sino que él mismo ejerció la persecucion. Pasando por Antioquía á combatir á los persas, hizo venir á su presencia á San Ignacio, llamado tambien Teóforo, obispo de esta ciudad; y dirigiéndole la palabra, ¿sois vos, le dice, el que como un demonio maligno se atreve á contravenir á mis órdenes, y persuadís á otros á que se estravien? Ignacio responde: Príncipe, ningun otro, hasta ahora, como vos, ha llamado demonio maligno á Teóforo (el santo hacia alusion á la significacion de la palabra Teóforo, que en griego quiere decir el que lleva á Dios) es cosa bien distante el que los siervos de Dios sean malos

genios, antes los demonios tiemblan en su presencia, y huyen á su voz. ¿Quién es ese Teóforo, dice el emperador. Yo soy, replicó San Ignacio; y cualquiera que como yó, lleva á Jesucristo en su corazon. ¿Crees tú, repite Trajano, que nosotros no tenemos tambien en nuestro corazon á los dioses que combaten por nosotros? Dioses, dijo Ignacio, os engañais, esos dioses no son sino demonios: no hay mas que un Dios, que hizo el cielo y la tierra; ni hay mas que un solo Jesucristo, hijo único de Dios, á cuyo reino aspiro. ¿Hablais, responde Trajano, de aquel Jesus que Pilatos hizo clavar en una cruz? Decid mas bien, respondió el santo obispo, que Jesus clavó en esta cruz al pecado y á su autor; y que desde luego dió á aquellos que le llevan en su pecho, el poder de abatir al infierno y á su poder. ¿Llevas tú desde luego á Jesucristo en medio de tí, dijo el emperador? Sí, ciertamente, respondió el santo, porque está escrito: "Yo habitaré en medio de ellos y dirigiré todos sus pasos." Trajano fatigado por las respuestas vivas y urgentes de San Ignacio, pronunció contra él esta sentencia: Ordenamos que Ignacio, que se gloria de llevar en sí al Crucificado, sea echado á las fieras y conducido bajo una buena guardia á Roma, para que allí sea espuesto á las bestias, y sirva de espectáculo al pueblo. El santo al oír este decreto, exclamó transportado de gozo: Yo os doy las gracias, Señor, que me hayas concedido un perfecto amor ácia vos, y de que me hayais honrado con las mismas cadenas que honrasteis en otro tiempo al gran Pablo, apóstol vuestro. Al decir esto, él mismo se echó las cadenas, pidió por la Iglesia, y con lágrimas la en-

comendó á Dios. En seguida se entregó á toda la crueldad de una tropa de soldados inhumanos, que debian conducirlo á Roma, para que sirviese de pasto á los leones, y de entretenimiento al pueblo: impaciente de derramar su sangre por Jesucristo, se dirigió apresuradamente á Antioquía para volver á Seleucia, donde debia embarcarse. Despues de una larga y penosa navegacion, abordó á Esmirna. Luego desembarcó: fué á ver á San Policarpo, que era obispo de esta ciudad, y que habia sido como él, discípulo de San Juan: su conversacion fué toda espiritual. San Ignacio manifestó el placer que experimentaba de ser condenado á morir por Jesucristo. En Esmirna se encontraron los diputados de todas las Iglesias inmediatas, que venian á saludarle; y que se apresuraban á adquirir alguna parte de aquella gracia espiritual de que estaba lleno. El santo obispo suplicó á todos, y particularmente á San Policarpo, el que uniese sus oraciones con las suyas, para alcanzar de Dios la gracia de morir por Jesucristo. Desde aquí escribió á las iglesias de Asia unas cartas llenas del espíritu apostólico: despues dirigiéndose á los diputados que habian venido á visitarle en su camino, les suplicó que no lo detuviesen en su marcha, y que sufriesen el que él se uniese prontamente á Jesucristo, pasando por los dientes de las fieras que lo aguardaban para devorarle. Como temia que los cristianos que estaban en Roma pusiesen obstáculo al ardiente deseo que tenia de morir por Dios, con el fin de apartarlos de la intencion que tenian, les dirigió una carta admirable, con los de Efeso, que debian llegar antes que él.

Adicion.—En el año 109 comenzó á tener mayor séquito el error de los milenarios. Estos defendian pertinazmente que Nuestro Señor Jesucristo reinaria sobre la tierra el espacio de mil años, cuando venga segunda vez al mundo. Papias, obispo de Hierápolis en Frigia, y San Irineo, adoptaron una opinion tan estraña por que creían hallarla en los escritos de San Juan. De aquí resultó que muchos doctores y mártires, como dice San Gerónimo, abrazasen esta doctrina; pero todos la entendian de muy diverso modo que los enemigos de la Iglesia. Estos hereges decian que los santos vivirian en la tierra aquellos mil años, en banquetes, disoluciones y deleites carnales. ¡Estravagancia ciertamente la mas grosera é impia, que jamas pasó ni por el pensamiento á estos santos doctores!

CARTA DE SAN IGNACIO A LOS FIELES DE ROMA.

SAN Ignacio en la carta que escribió á los fieles de Roma, comienza por manifestarles el júbilo que le causaba la esperanza de volverlos á ver bien pronto; y les manda despues con los términos mas vivos y tiernos, que no le privasen del efecto de sus deseos, empeñándose (á causa de su reputacion) en que no fuese inmolado á Jesucristo por el martirio: yo temo, les dice, vuestra caridad: yo temo que vosotros tengais para conmigo una aficion puramente humana: vosotros acaso impedireis mi muerte; pero oponiendos á ella, impedis igualmente mi felicidad: si tereis para conmigo una sincera caridad, me dejareis ir á gozar de mi Dios: yo no tendré jamás una ocasion mas favorable de unirme á él, ni vosotros mismos lograreis mejor ocasion para ejercer una buena obra, y basta para ejercitarla, que permanezcáis quietos: no me arranqueis de las manos de los verdugos, é iré á reunirme á mi Dios; pero si os dejais persuadir de una funesta compa-

sion, me haceis volver al trabajo y entrar nuevamente á la carrera: sufrid pues, os lo suplico, que sea inmolado; pues ya está dispuesto el altar: sobre todo, alcanzadme por medio de vuestras oraciones el valor que me es necesario para resistir los ataques interiores y soportar los exteriores: no basta mostrarse cristianos si no se es en efecto; lo que constituye un verdadero cristiano, no son ni las bellas palabras ni las preciosas apariencias, sino la grandeza de la alma y la solidez de la virtud. Escribo á las Iglesias, que voy á morir con gusto, con tal de que vosotros no os opongais á mi muerte: yo os conjuro nuevamente que no me mireis con una aficion que me seria muy dañosa; dejadme servir de pasto á los leones y osos, este es un camino muy corto para llegar al cielo: yo soy el trigo de Dios, es necesario que sea molido para llegar á ser pan, digno de ofrecerse á Jesucristo. Llegando á Roma espero que encontraré á las fieras dispuestas á devorarme, ¡ojalá ellas me devoren prontamente! Emplearé primero los halagos para que me despedacen; y si este medio no bastare, las irritaré para que me quiten la vida: perdonadme estos sentimientos: sé bien cuan ventajosa me es esta suerte: comienzo á ser un verdadero discípulo de Jesucristo, nada me conmueve, todo me es indiferente, si no es la esperanza de poseer á Dios; que el fuego me reduzca á cenizas; que una cruz me haga morir lentamente; que se arrojen sobre mí los tigres furiosos y los leones hambrientos; que mis huesos sean quebrantados, mis miembros despedazados, y golpeado todo mi cuerpo; que todos los demonios apuren su rábica contra mí; todo lo sufriré con gusto con tal de que go-

ce de Jesucristo. La posesion de todos los reinos no podria hacerme feliz, y me es infinitamente mas glorioso el padecer y morir por Jesucristo, que reinar sobre toda la tierra. Mi corazon suspira por aquel que murió por mí: mi corazon anhela por aquel que resucitó por mí: ved lo que espero recibir en cámbio de mi vida: dejadme imitar los sufrimientos de mí Dios: no me impidais vivir queriendo impedir mi muerte: si alguno de vosotros tiene á Dios en su corazon, comprenderá lo que digo y será sensible á mi pena, si arde en el mismo fuego que me consume. El deseo ardiente que tengo de morir, me obliga á escribiros; pues el único objeto de mi amor está crucificado, y mi amor ácia él, hace que yo esté lo mismo. El fuego que me anima y oprime no puede sufrir algun lenitivo ó mezcla que lo debilite: aquel que vive y habla en mí, me dice en el fondo de mi corazon continuamente: esfórzate á venir á mi Padre: ya no gusto de cuanto los hombres solicitan; el pan que apetezco es la carne adorable de Jesucristo, y el vino que deseo es su preciosa sangre: vino celestial que enciende en mi corazon el fuego vivo é inmortal de una caridad incorruptible: nada tengo ya en la tierra ni me miro como viviente entre los hombres. Acordaos en vuestras oraciones de la Iglesia de Antioquia, que desprovista de pastor pone sus esperanzas en aquel que es el pastor soberano de todas las Iglesias. Que Jesucristo, faltando yo, se digne gobernarla: á su Providencia y á vuestra caridad la confio.

No es necesario hacer notar que el espíritu de Dios es el que habla en esta carta; fácilmente se conoce que este no es el language de los hombres.

MARTIRIO DE S. IGNACIO.



DESPUES de alguna demora en Esmirna, partió San Ignacio de esta ciudad para continuar su viaje. Se esforzaba á llegar á Roma, porque ya se acercaba el tiempo señalado para los espectáculos: abordó á Troade: atravesó la Macedonia, y en un barco dispuesto á hacerse á la vela, que se hallaba ácia las costas del Epíro, se embarcó en el mar Adriático y tomó el mar de Toscana. El viento favorecia los deseos del santo mártir, y fué llevado el bajel á la embocadura del Tiber. A la noticia ruidosa de su llegada, los fieles de Roma llegaron antes que él: tenian el mayor gusto de verlo y oirlo; pero este gozo estaba mezclado de tristeza cuando conocian que era conducido á la muerte. Algunos se propusieron ganar al pueblo, (como algunas otras veces se habia hecho) con el fin de conservar la vida de este venerable anciano: pero el santo obispo les habló con tanto esfuerzo, y les mandó con tanta instancia que no le impidiesen el bien de ir prontamente á Dios; que se rindieron á sus súplicas. Todos se arrodillaron, y el santo obispo levantando la voz en medio de ellos, pidió á Nuestro Señor Jesucristo que hiciese cesar la persecucion y volviese la paz á su Iglesia, y mantuviese en el corazon de los fieles una caridad tierna y mútua. Acabada la oracion fué el santo conducido por los soldados al anfiteatro: este era uno de los días que la superstición